

i Libri



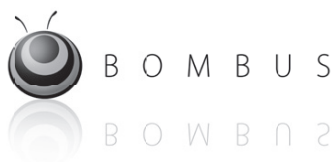
della Quercia



El Encanto de la Oscuridad

Proyecto gráfico y artístico de Elisabetta Gnone
Proyecto gráfico de cubierta: Olga Marchetti y Elisabetta Gnone
Cubierta: fondo de Claudia Fitzpatrick y Barbara Bargiggia
Ilustración de Alessia Martusciello - Colores de Barbara Bargiggia
Acuarelas de Corinne Giampaglia - Bocetos pictóricos de Stefano Pachi

UNA PRODUCCIÓN



Visita el pueblo del Roble Encantado en
www.fairyoak.com

Título original: *Fairy Oak. L'Incanto del Buio*
© del texto y las ilustraciones: Bombus S.r.l. 2014
Traducción del italiano de Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia*, Elisabetta Gnone

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2014
ISBN: 978-84-08-12507-5
Depósito legal: B. 2.673-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Elisabetta Gnane

FAIRY OAK

El Encanto de la Oscuridad



II

*A Tommaso, corazón de héroe,
y a Francesco, fuerza de acero.*

*Y a su mamá y a su papá,
que saben de fábulas y
de muchas cosas más.*

Mi nueva vida



— ¡Correo, hay correo! Una carta para Sifelizella-serádecírnosloquerrá. ¡Y qué carta, nada menos que del Gran Consejo!

— ¡¿Del Gran Consejo?! ¡Oh, tiemblacorazón! ¿Dónde está esa hadita? ¡Tenemos que encontrarla enseguida!

— ¿Dónde estás, Sifeliztúserásdecírnosloquerrás? ¡Hay una carta para tiii!

— ¿Una carta para Sifelizellaserádecírmeloquerrá? ¿Quién le escribe?

— ¡El Gran Consejo!

— ¡Pasmosamaravilla! Déjame ver... ¿Puedo abrirla?

— ¡No, no, no! ¡Tiene que abrirla ella en persona! Pero ¿dónde está?

— La he visto hace poco, voy con vosotras a buscarla.

— ¿Por qué buscáis a Sifelizellaserádecírmeloquerrá?

— ¡Le ha escrito el Gran Consejo!

— ¿La solicitan?

— ¡¿Qué otra cosa puede ser?!

— ¡Oh, emocionosasensación! ¿Y ella lo sabe?

— No, no la encontramos.

—SIFELIZTÚSERÁSDECÍRNOSLOQUE-
RRÁAAS, ¿DÓNDE ESTÁAAS?

—¡Está en la laguna de las Piedras Calientes! ¿Para qué la buscáis? ¿Qué ocurre?

—¡El Gran Consejo la llama!

—¿El Gran Consejo ha contestado? Sifelizellaserádecírmeloquerrá va a dar saltos de alegría, espera esta carta desde hace mucho tiempo.

—SIFELIZTÚSERÁAAS...

—¿DÓNDE ESTÁAAS...?

—Estoy aquí.

—Ha llegado esta carta para ti. ¡Venga, ábrela!

—¿Para mí?

—¡Sí, sí, ábrela!

—¡Es del Gran Consejo!

—Así es. Lee, lee...

—No, no tengo valor, leedla vosotras.

—Nosotras no podemos, debes leerla tú.

—¿Y si me dicen que soy demasiado joven o inadecuada?

—¿TÚ? ¡Qué va, si tú has nacido para ser niñera! Si tú eres inadecuada, el mundo entero lo es.

—Ay, suspirosuspiroso, me tiemblan las manos. Y además, está escrita con una letra tan apretada... No, no puedo...

—¡Serenaserenilladelasendadelsuspiro, léela tú!

—¡Está prohibido, ya lo sabéis! Si pudiera, la leería

ahora mismo, pero esta carta se desvanecería instantáneamente en mis manos. ¡Sólo la puede leer ella!

—Ten coraje, Si feliz tú serás decirnos lo que errás, y lee.

—Yo... Está bien, pero quedaos aquí conmigo.

—¡Como si pensáramos irnos!

—Pues bien, dice así...

A la amable hadita

¡Urgente!

Si feliz usted será decirnos lo que errará

Reino de los Rocíos de Plata

Estimada hadita:

El Gran Consejo de los Sabios, después de una atenta y docta indagación, se complace en anunciarle que ha acogido favorablemente su petición de convertirse en hada niñera y la asciende a tal categoría por unanimidad.

Su examen era excelente, y le alegrará saber que el Gran Consejo calificó con sobresaliente 2.754 de sus respuestas. Sólo en una obtuvo un bien, pero estamos convencidos de que la ingenuidad expresada en tal respuesta se debió a su corta edad y su inexperiencia. Se trata de la respuesta a la pregunta número 1.277: «Enumerar los

signos reveladores de magia en los niños menores de diez años».

Usted enumeró muchos, todos correctos, pero la lista no está completa. En efecto, le faltó mencionar «estornudar con los ojos abiertos».

Es un indicio muy importante, pero, como poco más arriba decíamos, pasamos por alto esa falta, pues en el momento de examinarse usted sólo tenía 965 años. Estamos seguros de que hoy respondería sin olvidar nada.

Somos conscientes de que esta carta le llega con cierto retraso, pero pensamos que no tomará a mal nuestra dilación en contestar y que nos perdonará cuando haya leído el motivo. Como sabe, el Gran Consejo tiene por costumbre recomendar a los sabios de los reinos locales a quienes demuestran poseer dotes excepcionales para el desempeño de las labores más complejas y delicadas.

Y es lo que hemos hecho en su caso. Nuestra respuesta ha tardado un poco en llegarle, pero es porque el nombre de quien ha solicitado su presencia es tan prestigioso que hemos decidido adelantar los trámites necesarios para el puesto y enviarle todo en una única carta, pues estamos seguros de que usted, ¡Sifelizustedserádecírnosloquerrá,

aceptará, y creemos que las buenas noticias la recompensarán por la larga espera.

Adjuntamos los documentos que debe rellenar y la carta de la bruja que ha solicitado sus servicios.

Es importante que esté lista para partir cuando amarillen las primeras hojas y de esa forma pueda encontrarse en Fairy Oak en la primera mitad de octubre. Le enviamos un mapa y la dirección en la que deberá presentarse:

Familia Periwinkle

Calle de los Ogros Bajos

Fairy Oak, Valle de Verdellano



—¡Periwinkle! Uyuy, que me desmayo.

—¿Quieres creer que igual solicita sus servicios nada menos que...?

—¡¡Sí, sí, Ella precisamente!!

—No, no es posible, será un error.

—Nada de error, hada suertuda, aquí está su firma.

—¿Suertuda? Que lo hizo muy bien, la suerte no tiene nada que ver aquí.

—Bueno, lo decía por decir, pero es que no todo el mundo tiene la suerte de ir a trabajar para Ella.

—Va porque Ella la requiere. Y si la requiere, significa que nuestra Sifelizella será decirnos lo que vale mucho.

—Chicas, me parece que se ha desmayado.

—Apartaos, no le estéis encima. Un jacinto, de prisa... Anda, pequeña, huele esto y recupérate.

—¿Qué... qué ha pasado? Yo... he soñado que...

—No lo has soñado, Sifeliztú será decirnos lo que vale mucho, Lala Tomelilla te ha mandado llamar de verdad.

—¡Eh, no te desmayes otra vez, venga, arriba! Aquí tienes su carta... léela cuando estés sola y te hayas recobrado un poco.

Ahora ya sabéis cómo empezó todo.

Embriagada por las novedades, me dejé resbalar por la corola de un tulipán y, con la carta apretada contra el corazón, esperé la noche. Confiaba en que mis compañeras se acostaran pronto, porque deseaba silencio y soledad. Me había gustado estar con ellas mientras leía la carta del Gran Consejo. Entre nosotras no había secretos, lo compartíamos todo, pero esta vez era algo distinto.

Había recibido una carta de quien, desde siempre, había alentado cada una de mis aspiraciones. La bruja más sabia y honorable de todos los tiempos había tomado papel, pluma y tintero, y había escrito a

Sí feliz y seré deciros lo querré. ¡Lila de los Senderos nada menos! Todo el mundo la conocía.

Su nombre corría de boca en boca cada vez que la famosa bruja de la Luz descubría algo nuevo en el complicadísimo campo de las disciplinas mágicas. Y sus descubrimientos eran muchos, algunos de los cuales habían hecho dar pasos de gigante a la sociedad de los mágicos, mejorando un mucho montón la calidad de vida de cada uno de ellos. Pero Lila de los Senderos no entendía sólo de magia. Lo sabía todo de todo, y yo la admiraba por la sensatez, la sobriedad y la sabiduría que ponía en lo que hacía.

Con los ojos cerrados, imaginé su caligrafía: elegante, rápida, segura, la caligrafía de quien no pierde tiempo en rodeos ni cháchara, sino que quiere conocer y saber. Y comunicar de modo conciso y eficaz lo que es importante comunicar.

Un genio. Mi mito.

Había leído muchos de sus hermosos libros: sobre el uso de las artes mágicas, la educación de las jóvenes brujas, la vanidad, el vuelo, el cultivo de hierbas aromáticas en invernadero, el diálogo entre animales y mágicos, y por último, pero no en importancia, su tratado sobre la relación entre mágicos y criaturas mágicas, en el que había aprendido que las brujas y los magos son seres humanos que poseen poderes mágicos, mientras que nosotras las

hadas somos, a todos los efectos, criaturas mágicas. Una sutil diferencia que separa nuestro mundo del suyo para siempre.

«Vamos, noche, ven; ven, silencio —pensé en esas horas de espera—. Quiero leer cada letra para conocer sus gestos, cada palabra para saborear su sonido y diez veces cada una de las frases con que Ella me habla a mí. ¡A mí!»

Por fin se hizo el silencio en el reino de los Rocíos de Plata. Temblando de emoción, alcé la carta y, a la claridad de mi luz, leí las palabras que cambiaron mi vida...

*Querida hadita de nombre impronunci-
ciable (pero que con un poco de prác-
tica aprenderé a decir):*

Mi nombre es Lila de los Senderos, aunque quizá sea más conocida como Lala Tomelilla. Me proporcionó tu nombre el Gran Consejo, al que envío esta carta para que te la haga llegar cuanto antes (como sabrás, a ningún ser humano le está permitido escribir a una criatura mágica).

En tu magnífico expediente he leído que, además de ser muy aplicada, pese a tu juventud estás dispuesta a trasladarte a reinos lejanos

al tuyo. Tal vez hayas oído hablar del valle de Verdellano y del pueblo del Roble Encantado; yo vivo allí. Así pues, a mucha distancia del reino de los Rocíos de Plata. De todas formas, puedo asegurarte que el lugar es placentero y acorde con el carácter de las hadas. Muchas de ellas, de hecho, viven aquí con nosotros y cuidan serenamente de nuestros niños.

Dentro de unos meses, mi hermana Dalía dará a luz gemelos, de los que, en vista de tus aptitudes, quisiera que te encargaras como niñera.

Naturalmente, vivirás con nosotros y recibirás una remuneración apropiada a tu labor, que, te lo digo desde ya, será a tiempo completo siete días de cada siete.

Te adjunto algunas imágenes de nuestra familia y de la casa para que el encuentro te resulte familiar y puedas empezar a acostumbrarte a tu nueva vida. Tengo plena confianza, de hecho, en que aceptarás el encargo. Y, a propósito de esto, te ruego que me contestes enseguida. El tiempo apremia y para mí es muy importante que mis sobrinos tengan un hada niñera que los haya visto nacer.

Sí aceptas, tu trabajo con nuestra familia

durará quince años, transcurridos los cuales serás libre para ocuparte de otros niños.

Felicitándote por tus excelentes notas y con la esperanza de tener pronto noticias tuyas, te saluda cordialmente,

Bruja Lala Tomelilla

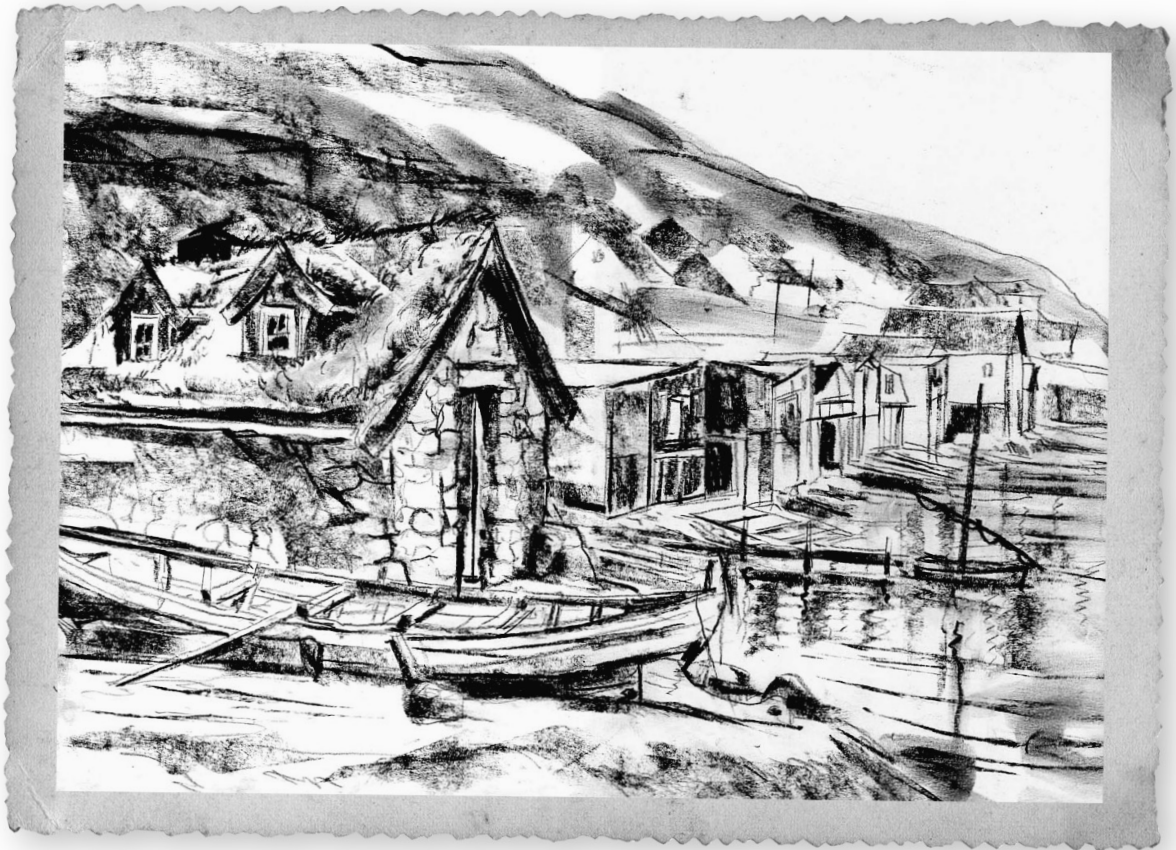
Mi nueva vida... ¡Mi nueva vida! ¡Mi nue-va vi-da! ¡Mi nueva vidaaaa!

¡Minuevavida-minuevavida-minuevavida-minuevavidaaaa!

—¡MI NUEVA VIDA! —grité de alegría. Mi nueva vida comenzó así.

El 31 de octubre de aquel año, la señora Dalia Periwinkle, asistida por su hermana Lala Tomelilla, dio a luz a Pervinca y a Vainilla.

Esta que os cuento es su increíble historia. Lo que no viví en primera persona me lo refirieron luego. Leed, leed...





Diez años después

*M*e aseguré de que todas las luces estuvieran apagadas y volé al cuarto de las niñas. Era una noche tranquila. Mamá Dalia y papá Cícero descansaban en la habitación contigua y se oía, apenas perceptible, su respiración, que se confundía con la respiración leve y familiar de Pervinca y Vainilla, dormidas en sus camas. Entré en mi tarro y empecé a escribir.

Desde que el enemigo había vuelto a Verdellano, velaba a las niñas también de noche y, para pasar las horas de soledad, ponía al día mi diario. Cuántas cosas habían ocurrido: las niñas habían cumplido diez años y se habían convertido en brujas, y Pervinca nos había sorprendido, como de costumbre, al resultar ser la primera bruja de la Oscuridad de la familia y la primera niña, de todos los reinos pasados y presentes, capaz de heredar un poder que nadie podía haberle transmitido. Su tía Tomelilla, de hecho, era una bruja de la Luz, al igual que todas las brujas y todos los magos De los Senderos antes que ella.

Esta revelación se había producido el día en que el Terrible 21 había atacado Fairy Oak. Desde entonces se

habían sucedido muchos otros ataques, y en el pueblo se llevaba una vida extraña, casera y retirada.

Al amanecer, estaba aún sentada a mi mesa, escribiendo precisamente, cuando un ruido llamó mi atención.

Alguien se había levantado. No sabía quién, pero pensé que quien fuera tal vez tuviera ganas de charlar un rato. Así que dejé la pluma y volé abajo; la casa estaba oscura y silenciosa. Fui a la cocina y no encontré a nadie. Atravesé el comedor y me dirigí al salón de la chimenea; allí tampoco había nadie. Vi entonces que una rendija de luz se colaba por debajo de la puerta del estudio del señor Cícero. Llamé... Nadie. Llamé otra vez, nada. Decidí entrar.

La lámpara del gran escritorio de nogal estaba encendida y en el cenicero ardía aún el fósforo con el que Cícero debía de haber prendido su pipa. Quizá había salido a tomar un poco el aire. La radio emitía graznidos, señal de que había tratado de ponerse en contacto con el mago Duff u otro habitante del pueblo y que dentro de poco volvería para reintentarlo.

Tendría que haberme ido y volver arriba, pero la atmósfera de aquella habitación me retenía, siempre me ocurría. Así que me quedé un rato. Todo estaba bien ordenado y limpio, se notaba querido: los libros y las fotos de las niñas de los estantes de madera, los vasitos y las botellas de vidrio oscuro y elegantes etiquetas, los mapas enrollados del cesto, los ceporros junto a la chimenea y la

butaca en que a menudo se quedaba dormida Pervinca. En la vitrina, detrás de los cristales, brillaban los instrumentos de latón del señor Cícero; era meteorólogo, y un apasionado de la astronomía. Orientado al cielo estaba el preciado telescopio que ninguna de nosotras tenía el permiso de tocar. Recuerdo que, la primera vez que entré en el estudio, apuntaba en dirección al reino de los Rocíos de Plata; a su manera, el señor Cícero había ido a mi encuentro tras mi largo viaje. Aquello me halagó.

El telescopio era el instrumento preferido de Pervinca y a veces, de noche, la había sorprendido mirando las estrellas a escondidas.

—Cómo me gustaría poder visitarlas una por una y ver más allá todavía, en la lejana oscuridad —decía—. ¿Alguna vez lo has hecho, Felí?

—¿Ver una estrella de cerca? Sí, he visto algunas —le contestaba yo—. ¿Quieres saber algo? Vista desde allá arriba, la Tierra parece una estrella.

A Vainilla, en cambio, le gustaba el catalejo. Se sentía una científica mientras lo sostenía como le había enseñado su padre. Sin embargo, como al señor Cícero no le gustaba que se jugara con sus instrumentos y Vainilla se cansaba al poco rato de tener un ojo cerrado y el otro abierto, la joven científica recurría a los prismáticos, más cómodos. Se los aplastaba contra los ojos para que no le entrara luz y se pasaba horas enteras estudiando el vuelo

de las gaviotas, observando las olas de la bahía, espiando a los pájaros en sus nidos o no perdiendo de vista un fruto o una hoja con la esperanza de asistir al momento en que se desprendía de la rama.

—¡No los apuntes nunca al sol! —le había dicho el señor Cícero—. ¡Te quemarías los ojos!

«Lástima», había pensado Vainilla. Le habría gustado ver de cerca el sol.

El suelo del pasillo crujió. El señor Cícero volvía y lo mejor que yo podía hacer era irme. Estaba allí sin permiso. Volaba aprisa hacia la puerta cuando ésta se abrió. Pero no era el señor Cícero.

—¡Pervinca!

—¿Dónde estabas? Me he despertado y todo estaba a oscuras —me reprochó ella, jadeante. Estaba más pálida que una sábana. La ayudé a sentarse en la butaca y le di una manta.

—Tú nunca has tenido miedo de la oscuridad —dije, sorprendida—. ¿Has tenido de nuevo esa pesadilla?

Pervinca contestó que sí con la cabeza. Estaba helada.

—¿Quieres algo caliente?

Otra vez sí.

Reavivé el fuego y volé a hacerle una manzanilla. Cuando volví, la joven bruja estaba abrigada con la manta y sus mejillas habían recuperado el color.

—¿Estás mejor?

—Sí, aquí se está bien —dijo ella con una sonrisa.

—¿Quieres contármela?

—Prefiero no hacerlo.

—¿Tan horrible es esa pesadilla que te da miedo incluso recordarla?

—Sí.

—Sólo es un sueño, si lo compartes conmigo será también un poco mío y ya no estarás sola con él.

—No te gustaría oírlo, Felí.

—Pues claro que me gustaría. ¿Por qué dices eso?

Pervinca bajó los ojos.

—Porque... te asustarías más que yo —dijo en voz muy baja.

—¿Sueñas que el Terrible 21 regresa para raptarte, eso es lo que sueñas?

—No, es otra cosa.

Se calló y permaneció en silencio un rato. Fui a sentarme junto a ella, delante del fuego, y traté de imaginar qué era lo que podría asustarme tanto. Entonces Vi volvió a hablar. Fue un susurro más que nada, un bisbiseo.

—No es de él de quien tengo miedo —dijo.

Me volví para mirarla. No quería hacer preguntas tontas ni darle la impresión de no entender, pero... es que no lo entendía. Si no tenía miedo de él, ¿de quién lo tenía la pobre niña?!

Anhelé que siguiera hablando, que dijera algo que me ayudara a saber más, pero en ese preciso momento entró el señor Cícero.

—Creía que yo era el único que no dormía en esta casa y descubro que estoy en buena compañía. Por ahí anda Tomelilla y aquí os encuentro a vosotras dos, ¿es que las brujas y las hadas niñeras sufren también de insomnio? —preguntó.

—Pervinca ha tenido una pesadilla —le dije.

—Comprendo. Pero ya ha pasado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes, Vi?, creo que he descubierto una nueva estrella? —continuó el señor Cícero—. Quería informar a Duff, pero el bestia ese está durmiendo, como de costumbre.

—Son las cinco de la madrugada —dije.

—¿Y qué? Nunca es demasiado pronto para un descubrimiento científico, querida Felí. ¿Te gustaría verla, Pervinca? —El señor Cícero sabía quién movía su telescopio cuando él no estaba. Pervinca apartó la manta y corrió a mirar por el objetivo.

—¿Dónde está?

—Espera, espera... primero deja que lo regule...

—Yo me voy con Lala Tomelilla —dije, y salí.

Pervinca estaba en buenas manos. Ella y su padre se querían y se entendían en casi todo. Hablaban mucho,

a veces discutían animadamente y se gritaban, pero eso también formaba parte de su cariño. «Quién sabe, a lo mejor el señor Cícero se las arregla para que le cuente su sueño», me dije.